

PRECIO
DE SUSCRICIÓN

Tres meses. . . . 1 peseta.

EL OREJÓN

DIRECCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN

Calle de la Trinidad, 3.

PERIÓDICO INOFENSIVO, CÁNDDIDO Y SIMPLÓN HASTA DEJARLO DE SOBRA.

Año I.

Villena 12 de Noviembre de 1885.

Núm. 11.

Director, propietario, administrador y editor responsable, PASCUAL M. ESTAÑ.

EMPECEMOS.

El comer y el rascar, todo quiere empezar.

Decimos esto por la necesidad que tenemos de escribir, y la falta de asuntos de que ocuparnos.

Este es un trabajo que pocos comprenden y nadie aprecia.

Lo aprecian algo los dignísimos suscritores que pagan la consabida peseta trimettral; y nada los que no se dignan echar mano al bolsillo y decir «allá vá la mía.»

¿Han visto ustedes qué manera tan fina de pedir los cuartos á los perezosos? Por supuesto, que ya los dén ó nó, el resultado es igual; ó como decía un difunto amigo nuestro: «á nada equivale lo mismo.»

Y á propósito de difunto. Tenemos que dar á nuestros lectores una noticia muy sensible y que... nadie sentirá. ¡El Orejón se halla enfermo...! y según el pronóstico facultativo, enfermo de peligro; y tan de peligro que su enfermedad es mortal; y tan mortal, que morirá!

¡Pobre Orejón! Nació, como dicen las madres, hecho un rollico de manteca; su salud era excelente; parecía que había de resistir la dentición, el sarampión y todos cuantos achaques diezman á los niños; y, sin embargo, enfermó muy pronto. Las brisas otoñales, húmedas y desapacibles, resintieron su salud; los fríos anticipados del invierno exasperaron sus dolencias... y se halla sufriendo hoy una *hemotisis shin-dineral*, para la cual no se conoce medicamento alguno salvador.

¡Pobre Orejón! repetimos: Apenas había empezado á andar, y sus primeros pasos han sido dados hacia su tumba. Pero no importa que muera: su espíritu vive y queda arraigado fuertemente en la opinión pública: su misión se halla cumplida... siéntalo quien lo sienta, y muere tranquilo.

No rogucis por su eterno descanso, pues su muerte es temporal... Resucitará á su tiempo, cuando deba resucitar... Esto es todo. Entretanto

parodiamos aquellas antiguas frases: El Orejón ha muerto. ¡Viva El Orejón!

No sabrán ustedes que en la noche del sábado último estuvimos á punto de lamentar otra horrible catástrofe como la de la casa del sardo: Pues faltó muy poco, sí, señores. El caso fué en una casa de la calle Mayor: parece que en la misma se inició un pequeño incendio; y que junto al fuego había unas diez ó doce arrobas de pólvora; y que el dueño de la casa tuvo serenidad bastante para separarlas con tiempo, á lo cual se debió el que no ocurriese la catástrofe fatal.

Todo esto está bien: pero tampoco estaría mal el que la Autoridad hiciese saber á este dueño y á los que estén en su caso las disposiciones vigentes sobre la materia, y que obligase á cumplirlas á todos con la mayor energía.

¿Qué vale más: imponer un fuerte correctivo á los infractores de estas disposiciones, ó lamentar hechos como el ya citado de la casa del sardo? Piénselo la Autoridad, y no dudamos oírà nuestras advertencias.

El público sigue favoreciendo los esfuerzos de la compañía dramática del Teatro-Chapí, y dando pruebas de sensatez y cordura, gracias al bando fijado en las puertas y pasillos del local; lo cual prueba lo que decía Chinales; que aquí en cuanto se repeta un poco la gente, toos están por lo rigular.

«La Cabaña de Tom» hermoso drama puesto en escena el último domingo, satisfizo á completo los deseos del público, como así lo probó identificándose con las situaciones mas conmovedoras del drama y aplaudiendo las bellezas del mismo.

Nosotros tributamos también un aplauso á la citada compañía en general, pues cada cual, en su respectiva esfera, cumple á satisfacción los personajes encomendados á su desempeño, y en especial del niño Vicente Sanchez de seis años por la naturalidad y expresión que supo dar á su papelito, so-

bre todo en la relación conmovedora del último acto que el público aplaudió con frenesí.

Siga la compañía por este camino, y no dude que tanto ésta como la empresa verán recompensados sus afanes por un público numeroso que se aumentará de día en día.

Vista la carta de Yecla que suponíamos dirigida á nosotros, y que lo era para *El Ruiseñor*, la entregamos á dicho periódico, por lo que no nos ocupamos de ella:

Y por ser esta una tecla
que u. nos viene ni vá,
que se arreglen por allá
con sus cosas los de Yecla.

Ya se ha provisto la plaza de Profesor de música de esta Ciudad. No nos gusta censurar á nadie, pero creemos que en esta provisión ha desafiado el Municipio.

A su tiempo veremos quien se equivoca. No decimos más por hoy.

El viernes, sábado y domingo de la semana actual, tendrán lugar en la Parroquia de Santiago las solemnes cuarenta horas que la Congregación Sacramental del Corazón de Jesús, consagra todos los años á este culto.

Serán oradores en sus respectivos días los señores D. Victor Albianch, Sr. Cura de Benejama y D. Juan Chaumel, que no dudamos serán oídos con el gusto á que les hace acreedores su bien fundada reputación.

UN HALLAZGO EN FERRO-CARRIL.

Pocos años hace, en un corto viaje, á... me cupo la suerte ó la desgracia de tener por compañero á un ente original. Suerte, por haberme servido de lección para lo sucesivo, y desgracia para mi bolsillo, aunque mayor podía haber sido.

Era el sugeto en cuestión enjerto de carnes como el *ingenioso idalgo*, nariz aguiluña, ó mejor dicho cotorseca, ojos pequeños y de un color indefinible, pero de extraordinaria viveza, algunos pelos diseminados y de varios colores, hacían las veces de barba, pretendiendo adorgar aquella cara sin poderlo conseguir.

No bien hube tomado asiento en un rincón del coche, cuando aquel extraño compañero me dirigió la palabra en términos muy corteses y con acento marcadamente italiano. Me distrajo en los primeros momentos algo con sus relaciones de viajes por toda Europa, y yo le iba siguiendo por las orillas del Rin, á través de los Alpes, por las lim-

pidas aguas del lago de Ginebra y por las estepas de Rusia, sin detenernos hasta la Siberia; pero bien pronto cambió de tema, entregándose completamente al vituperio de todos los gobiernos posibles.

Ya empezaba á cansarme su sempiterna charlatanería y tomé la resolución de dejar que él se preguntara y se contestara. Al observar mi silencio me preguntó si me molestaba pidiéndome mil perdones; yo como alguna excusa tenía que dar á mi silencio, dijele que sentía un poco jaqueca y que me dispensara si no le seguía la discusión.

Desgraciado de mí, no podía haberseme ocurrido peor excusa que la de la dichosa jaqueca. No había aun concluido de decirlo cuando ya estaba rebuscando en su cartera no sé que clase de específico que me hizo aspirar con insistencia, hasta obligarme á que le confesara me hallaba ya completamente bien. Muy satisfecho del éxito obtenido, volvió á cojer el hilo de su interrumpido discurso, haciéndome la historia de Menobrea, de Ratazzi, de Depretis y de otros muy ilustres políticos italianos, que á mí me importaban tres cominos.

En esto llegamos á la estación de... y nos apeamos. Me parecía un deber invitarle á comer, y él no se hizo de rogar. Sentámonos á la mesa y despachamos en un dos por tres nuestra colación. Escusado parece decir quien sería el pagano.

Juntámonos nuevamente en el wagón y si antes mi compañero hablaba sin parar solo por el gusto de serme agradable, ahora por reconocimiento á la comida y á la bebida, charlaba como vulgarmente se dice hasta por los codos. Era por lo menos un estómago agradecido.

Ya tocaba el viaje á su fin y yo lo deseaba como en premio á mi paciencia. Cinco minutos después llegábamos á la estación de... límite de nuestro viaje.

Antes de separarnos me hizo mil expresivas demostraciones de reconocimiento, y veinte mil ofrecimientos, entregándome su tarjeta en la que se leía en letras bien gordas: «Prospero Bartolomey, dentista, fotógrafo y disecador.» Casi estuve á punto de soltar la carejada, al ver la heterogeneidad de profesiones reunidas en un solo individuo, pero me pareció que se le había olvidado la más importante de todas que hubiera completado la tarjeta y «sempiterno hablador.» Después de todo me decía á mí mismo, ¿cómo no habré conocido que ese hombre era un sacamuelas? Positivamente había andado muy torpe, pero aun estuve mucho más en decirle mi nombre y apellido, y no recuerdo si las señas de donde iba á parar. Lo cierto es que no habían pasado ocho días, cuando una mañana me avisan que un caballero me aguardaba en la sala de recibir porque quería verme.

¿Quién había de ser el caballero? Mi compañero de viaje en carne y hueso, ó huesos mejor dicho.

—Dispénceme *caballero*, pero no quería pasar por descortés y me he tomado la libertad de corresponder á su ofrecimiento y vengo á tener el gusto de hacerle una visita.

—V. quería echar un parrafito, no es verdad?

—¡Oh! muy breve, y creo que no le será desagradable mi presencia. Si mal no recuerdo oí decir a V. que era muy aficionado á la caza y en su consecuencia, he determinado disecar una garza real que será, si se la queda, la admiración de su país.

—Yo no soy cazador, le dije, pero hay muchos en mi pueblo á quienes, cuando hablan de caza, les oigo á disgusto.

—No importa, allí gustará y abrigo la seguridad de que cualquier aficionado se la quede.

—No se; más lo que si le aseguro es, que si en vez de ser una garza, fuera una codorniz, ó perdiz, seria más fácil, porque hay, según dicen, quien el día que no caza nada, cuelga en la percha un bicho de estos que de antemano lleva disecados para entrar en la población y no queda así descreditado de cazador; así es que siento que se haya V. molestado.

—¡Oh! es una preciosidad, le costará un friolera. Y acompañando la acción á la palabra, sacó de una caja de cartón un pajarraco que lo mismo era una garza real, que yo Czar de todas las Rusias.

No me valieron más excusas, y sin remedio tuve que comprarle su dichosa garza, ó aguilucho de torre, para quitármelo de delante, después de pagarle lo que quiso.

Bastante se rieron mis amigos de la compra que había hecho, y mucho más cuando examinaron detenidamente el precioso animal, como le llamaba el italiano, y observaron que estaba medio polillado.

Para librarme de aquel demonio de infortunio, tuve que decir en la fonda, en donde se quedó el bicho, que no le recibieran nunca, estuviera yo ó no, advirtiéndoles que si se volvía á presentar le dijeran, que me había marchado al Japón, á la China ó que me había vuelto á mi país.

No podía dudar de que se presentara cuando menos lo esperase y en efecto, á los pocos días me dijeron los porteros de la fonda que había vuelto con la pretensión de retratarme en mi misma habitación, para lo cual traía un chico cargado con todos los chirimbolos del oficio. No se si traeria también los de sacar nueclas, tal era la simpatía que le había inspirado en nuestro corto viaje.

Desconfíen Vds. mis queridos lectores, y escarmenten en cabeza ajena de las personas que encuentren en viaje, no les suceda lo que á mí, que cuento todos los huesos de mi boca y me estoy retratado, digo *mamarrachado* por D. Próspero Bartolomey, gracias á mis precauciones, pero especialmente á las despachaderas de los porteros de la fonda.

R.

Cumplida contestación
que á los tres cantores juntos,
dá con sus comas y puntos
el viejo y rancio «Orejón.»

Pero no quiero seguir «versando» para que nadie crea

que todos somos iguales. Y eso que después de los muchos versos que en Villena hemos visto impresos «en letras de molde,» cualquiera puede atreverse ya con las musas sin miedo á críticas ni censuras, si señor; mas no siendo esto del caso, dejemos á aquellos poetas con los remordimientos de su dudosa conciencia literaria, y vamos al asunto.

Algunos de nuestros lectores recordarán la epístola publicada en el último número de «El Orejón» firmada por «Los Tres» cuyos «tres» pueden ser, según el dicho vulgar, Araña, Concha y Cortés, ó acaso tambien tres enemigos del alma, ó acaso tambien tres distintas personas que pretenden el amor ó cosa así de las tres personalidades de la «hermosa trinidad Villenense» ó sea á persona por barba.

Misterios son estos que ni comprendo ni trato de investigar.

¿Quereis saber el móvil que me impulsa á invitaros á cantar? Pues es muy sencillo. Yo no conocia á esa «hermosa trinidad» como decís vosotros ¡pues se podrían formar en Villena tantas «trinitades» por el estilo...! Pero hé aqui que de la noche á la mañana la veo, la examino, la analizo y (esto ó lo diré en reserva para evitar burlas) lancé un suspiro al verlas, examinarias y analizarlas.

Un suspiro, amigos míos, que encierra toda una historia... ¡Cuanta angustia, cuanta pena, cuanta amargura en aquel suspiro...! Le hubiera dado de cachetes al tiempo que envejece el cuerpo y á los desengaños que envejecen el alma.

Jóven yó, tambien las hubiera dedicado mis poesias: Erato me hubiese dado su inspiración mas armoniosa, y acompañado de la lira de Apolo, hubiérais cantado dulces trovas con toda la ternura y sentimiento que los andaluces ponen en las amorosas notas de sus peteneras y «cante jondo».

Una sola mirada de aquellas niñas me hubieran inspirado un poema de amor y locura; una sola palabra, un solo gesto traducido por mi deseo como una esperanza, me hubiera conducido al cielo de la felicidad:

Una palabra, un solo gesto traducido por mi deseo como un desden ó un desengaño, me hubieran hecho bajar al infierno...

Si, amigos míos; me hubieran conducido al cielo de la dicha por la locura de mi felicidad: me hubieran hecho bajar al infierno de la desesperación...con una bala en la cabeza; pues me hubiera suicidado...!

Y á propósito de esto, ¿Por que no os suicidais vosotros? Si al cantar á esa hermosa «trinidad» os veis desdenados; si vuestros sentidos y dulces acentos se estrellan en sus corazonas de roca y el fuego de vuestra inspiracion se apaga en sus almas de hielo, ¿por que no os suicidais...? ¡Oh, cómo entonces os celebrarán todos, y cual os dedicará mi afligida musa sentidas y amargas elegias...!

Esto os separaría para siempre del hermoso paraíso terrenal (que vulgarmente se llama Villena) es verdad; pero ¿y lo que de vosotros se hablaría? Yo presentara vuestra utopía por el solo curioso deseo de ver por dentro la cabeza de un poeta: ¡qué de cosas se verán en ella...! Yo la concibo como un reducido manicomio en el que se desarrollan en grande todas las locuras, extravagancias y delirios de muchos seres juntos; Un cerebro compuesto de muchos cerebros: una grillera, una pajarrera en que cada pájaro canta de una manera distinta desde el buho de lúgubre gemido al melodioso é inimitable ruiseñor (ave; no confundamos las especies).

Esta línea de puntos suspensivos quiere decir que no sé que decir para continuar el asunto: por tanto vuelvo al ídem; esto es, al asunto por si no entendeis el latin.

Cantad, pues, vosotros los que aun teneis aliento para ello; entonad cuantas cántigas y endechas se os ocurran ú os inspiren esa triple beldad, que si cada una de por sí sucede, todas juntas asesinan; delirad á placer... no me opongo, mejor dicho, lo deseo y apláudo, y por ello, y por creerlo justo y debido, os invito os recuerdo vuestro olvido, os escito á cantar, pues anhelo saborear vuestro

tras inspiraciones como ya me regocijé con vuestra exposición, y con la «pistola» que origina estas líneas.

Yo no puedo cantar a esas beldades ni á otras muchas de las que brillan en este pícaro Villena... porque padezco una bronquitis, crónica de la que no espero sanar; una «ronquera» que se pronuncia y se agrava cuando veo uno de esos luminosos astros que me han dejado sin vista... y no quiero, en vez de canto sonoros, lanzar discordantes gallos.... y sobre todo, y como razón mas poderosa y fundamental, que yo ya soy de otra parroquia; ó como me dice el tunantuelo de Cristovalico cuando

me sirve el café en el casino: ¡Qué lástima que sea V. viejo...!

Y ahora, adios, amigos míos: si esta mi contestación os parece corta, alargadla en vuestra imaginación como os agrade: si os parece larga, cortadla por donde queráis, que yo no tengo gana de escribir mas, y hago aquí punto cuadrado que no siempre ha de ser redondo.

El Solo

IMPRESA DE JOSÉ MUÑOZ.

ALMANAQUES AMERICANOS PARA 1886

Se acaban de recibir 500 en la Imprenta de este periódico, y están expuestos á la venta pública. Los hay de diferentes tamaños, á los precios, desde 2 á 20 reales uno, pero todas las clases contienen bonitas anécdotas, charadas y epigramas. — También los hay religiosos y de cocina.

Calle Mayor, 6, VILLENA.

UNOS AMORES DE ANTAÑO.

(CONCLUSIÓN.)

Y en estas y en otras quejas suspiros y gemecazos, el tiempo que nunca para siguió su tranquilo paso, sin cuidarse de las penas que Pepa estaba pasando, ni de las no menos hondas de su amante fiel Juanazo.

Y ved por donde, lectores, al llegar de mi relato á este punto, se presenta un amigo preguntando si en esta historia aludo á Fulano ó á Mengano, pues según murmuraciones de las muchachas del barrio, sospechan quien es la Pepa, y también quien es Juanazo. Protesto con energía, juro que es imaginario cuanto digo en esta historia;

me doy á dos mil diablos, y maldigo de esas lenguas que así pasan murmurando el tiempo, que en remendar deben tener empleado. Me incomodo y desespero por no tener en mi mano un novio á pedir de boca que sirviera de candado á esas lenguas viperinas porque un novio no encontraron. Y tan deveras me puse por esto desesperado, que me dije: Aquí doy punto á «Unos amores de antaño.» Y el que quiera saber si bien ó mal acabaron, que lo pregunte al tintero del que yo los he sacado; Sí, señor, y aquí concluyo por estar lleno el espacio que faltaba en el periódico, y con este verso acabo.

S. T.